

ANDRÉS PASCUAL

POR TIERRA DE DRAGONES

AGOSTO DE 2011

Falta menos de una hora para que aterricemos en Bután. Los picos más altos del Himalaya emergen entre las nubes como islotes en un mar de algodón. Pego la nariz a la ventanilla buscando el Everest. Estoy seguro de que, si la viera, reconocería su cima. Hace diez años hicimos un vuelo en un pequeño reactor desde Katmandú para contemplarla de cerca. El primer intento fue frustrante. Poco antes de llegar, nos sorprendió una tormenta feroz. El piloto se volvía con cara de “tenemos que abortar la misión” mientras una masclotá de rayos y truenos nos lanzaba de un lado a otro como si fuésemos hormigas en un avión de papel. Yo le insistía: sigue, sigue, que seguro que esto mejora. Pero él tiró finalmente de la palanca, dio media vuelta y, con tal de hacerme callar, nos ofreció otro vuelo gratis para el día siguiente. Aquella segunda vez fue muy distinto. El cielo tan azul parecía un salva-pantallas. Despegamos emocionados y, tras rozar con la panza algunas montañas que bien podrían estar abarrotadas de dioses, apareció ante nosotros la madre de todas, mostrando en su cara más escarpada senderos vírgenes que susurraban: ven, písame sin miedo, primero un paso, después otro... Y lo hice. Di quinientos pasos en forma de páginas; quinientos mil en forma de letras; uno solo, en realidad, en forma de novela.

Hoy, de nuevo sobrevuelo el techo del mundo. De nuevo escribo. De nuevo busco senderos.

Despierto en el hotel Jumolhari (le ha robado el nombre a un pico cercano famoso por sus trekkings en busca del Yeti). Me acerco a la cortina opaca



y, antes de recorrerla, hago una respiración profunda. La semana pasada entré varias veces en una web de previsión meteorológica y vengo preparado para lo peor:

domingo, lluvia

lunes, lluvia

martes, lluvia

Doy un tirón, como un mago que descubre la urna en la que ha desaparecido su colaboradora, y ocurre lo inesperado. La luz estalla al otro lado del cristal. Apenas me deja ver el edificio de enfrente, plagado de puestos de pescado seco y hierbas medicinales. No puedo creerlo:

sol

sol

sol

El sol al alcance de mi mano. Siento ganas de adorarlo, como los antiguos egipcios, retarle a un pulso de miradas y quemarme los ojos. Me visto a toda prisa y salgo a la calle. Un policía controla el tráfico a golpe de brazo desde una marquesina (en Bután no hay semáforos). En el interior de una carnicería, un hombre examina con expresión serena las tiras de grasa que cuelgan a secar del techo. Lleva una especie de bata anudada en la cintura y calcetines hasta la rodilla. No es el único. Todos los que caminan a mi alrededor visten ropa tradicional: escolares, amas de casa, funcionarios, mecánicos... ¿En qué siglo estoy? Me encuentro bien aquí; estoy contento de haber venido. Canturreo una canción. Es de Amaral, la última que escuché antes de salir de España. Siempre me quedo con un estribillo que me viene a la cabeza de forma repetida hasta que regreso. No llevo música a los viajes. Cada uno supone aceptar un nuevo universo, con nuevas normas y nuevas melodías que marcan tus pasos. Bután suena a platillos y cornos heredados del Tíbet. A la hora de los rezos visito un templo a las afueras de la capital. Las voces graves surcan a media altura el interior del santuario como si vagasen por una peñera, pero de repente armonizan y trazan en el aire uno de esos senderos en los que pensaba ayer. Quiero dejarme llevar, como si se tratase de un sueño, pero estando más despierto que nunca...

La única carretera que atraviesa el país de Este a Oeste se mantiene entera a duras penas en esta época de monzones. Serpentea arriba y abajo entre montañas boscosas –no hay túneles ni grandes puentes– para conectar cada valle con el siguiente. Es estrecha, sin líneas ni quitamiedos. No debe de haber ningún miedo que quitar, a juzgar por cómo circulan los camiones, todos ellos engalanados con bombillas y un par de ojos vigilantes pintados en el morro. Se dedican a llevar sacos de comida y materiales de construcción a las antiguas fortalezas construidas en los enclaves estratégicos, en cuyo regazo prosperan las aldeas. No me explico cómo lo harían antes de disponer de esta ruta asfaltada, que apenas tiene cuarenta años. Quizá en aquel entonces los sacos iban menos llenos y el tiempo no existía. ¿Cómo será vivir en una tierra sin tiempo, regida por cronómetros naturales, como el lento avance de la niebla? Maldita niebla... Acabo de llegar al paso de Dochula, a casi cuatro mil metros de altitud, y las banderas de oración apenas se adivinan en lo alto. Espero un rato para ver si escampa y, tras comprobar que la nube densa también comienza a engullir la carretera, decido seguir adelante cuanto antes. Tendré mil oportunidades para verlas ondear, ya que en Bután hay más banderas que almas. Las alargadas, siempre blancas, están dedicadas a los muertos. Los butaneses recuerdan a sus ancestros que han de velar por ellos mientras se liberan de los tres venenos que rigen la vida terrenal: la ignorancia, el deseo y la ira. También las hay cuadradas y pequeñas, de distintos colores y con una oración escrita. Están enlazadas por un hilo, como las que decoran nuestras calles durante las fiestas locales. Los budistas las colocan en los lugares más expuestos al viento, ya que saben que cada vez que se agitan lanzan al cielo la plegaria que llevan impresa. Son blancas, verdes, amarillas, rojas y azules: cielo, tierra, sol, fuego y agua. ¿Quién necesita más?

Han pasado dos días. Acabo de visitar un antiguo poblado de inmigrantes indios de cuya sangre, cuatro generaciones después, no queda una sola gota. Ahora aquí ya somos todos butaneses, me dice con una media sonrisa el que debe de ocupar el puesto más alto del escalafón social de la aldea. Al escucharle pienso que somos iguales en todo el mundo: mismos anhelos, mismas consignas. Hoy parto hacia el valle de Punakha. Dicen que es el más bello del país. El joven y apuesto nuevo rey de Bután se casa dentro de mes y medio y celebrará allí la fiesta que seguirá a la ceremonia. Su novia ha estudiado en Oxford,



como él. Delicada y expresiva, parece una actriz a la que han reservado el papel de primera dama del reino del dragón. Cambiemos el plan, le digo al chofer que he contratado, quiero ver dragones. Ya sólo están en nuestra bandera, me contesta él. Pero tras pensarlo un instante añade: y también en los truenos del monzón, que son los ecos de sus rugidos de antaño. Miro al cielo; no sé si lloverá. Las nubes adquieren formas cambiantes, como si un niño pintase y borrara a placer en una pizarra. Quizá revienten a media tarde, pero ya no me importa. No me preocupa dejar cosas sin ver por el camino. Lo que me gusta es viajar. Viajar es sagrado, dice Coelho. El encontrarte en un lugar diferente hace que se derrumben nuestras barreras protectoras. No quiero barreras. Los viejos expedicionarios carecían de ellas. Alejandro Magno llegó hasta muy cerca de aquí, y no buscaba sólo ampliar las fronteras macedonias, sino también aquellas que limitaban el marco de acción de su corazón. Me gusta ese Alejandro atormentado, que viajaba a los confines del mundo para alcanzar las profundidades de su propia alma. ¡Que caigan todas las barreras!

Llevo varios días sin escribir. Necesito una novela para contar todo lo que he visto aquí: inmensas fortalezas y banderas de oración, pero también líquenes que cuelgan de los árboles como alhajas y sólo viven en las tierras altas –ya que se alimentan de aire puro–, torneos de tiro al arco en los parques y algunos de los dos mil templos dedicados a Padmasambhava, el lama que introdujo el budismo en el país tras derrotar a los demonios que los asolaban. Y por encima de todo está el Índice de Felicidad Bruta de la población, un invento del anterior rey para sustituir al aburrido PIB. Afirman con absoluta convicción ser más felices que nadie porque no ansían nada. Esas cosas dan que pensar... pero no voy a hacerlo hoy. Hoy tengo ganas de moverme. Ayer sí que llovió con ganas y aproveché para descansar. Pasé la tarde en la terraza de la habitación leyendo “El buscador de oro” de Le Clezio, uno de esos libros que te recargan las pilas. Bajo a la recepción de la guest-house. El chofer me espera para llevarme a la última excursión que he programado. Hoy tampoco veremos dragones, me dice al tiempo que me guiña un ojo, pero iremos al “nido del tigre”. Conduce hasta un sendero de montaña por el que no se puede seguir en coche, se gira hacia mí y declara: allí arriba te espera el tigre, lucha contra él y vuelve entero. Entorno los ojos tratando de ver a lo lejos. Un monasterio cuelga del acantilado a tres mil

quinientos metros de altura. Nunca he visto nada igual. No podrían haberlo bautizado con un nombre más acertado. ¿O quizá no sea sólo un nombre y allí vivan tigres de verdad? Si fuera así, ¿cómo podría defenderme con las manos vacías? No dispongo de la daga mágica de matar demonios del gurú Padmasambhava... Pero al momento pienso: ¿acaso no he luchado contra otras bestias peores, de esas que nunca llegan a salir del cerebro? Y me lanzo hacia arriba.

¡Que caigan todas las barreras!, grito al cielo. Quiero que me penetre la música de Bután, su particular melodía de platillos y cornos y cánticos tan graves que no parecen humanos. Que me penetre profundamente y me transporte a aquellas montañas habitadas por tigres y dragones legendarios, cuyos rugidos aún retumban en los corazones sin fronteras.

